

EL ZURRIAGO



VAPULEA LOS DOMINGOS

Zurraré á los majaderos
que explotan á los obreros.

Lo mismo que á los farsantes
y á los sabios ambulantes.

Pero suplico á *El Progreso*
que no se asuste por eso.

Pues guardo lo principal
para *La Aurora Social*.

No imitaré, vive Dios
á ninguno de esos des.

Pienso decir la verdad
á toda la humanidad.

Mas sin mentir ni injuriar
ni á la decencia faltar

Y quien así no lo crea
buen arreo lo que me lea

AÑO II | PRECIOS DE SUSCRIPCION.

Un año. 3,00 pesetas
Un semestre . . . 1,50 »

ANUNCIOS Y COMUNICADOS

Precios convencionales. La co-
rrespondencia al Administrador.

NÚM. 93

Pravia 8 de Noviembre de 1903

LOS SECTARIOS INTANGIBLES

Lector, ¿te has fijado alguna vez en la manera como proceden los sectarios de todas partes, y en particular los que tenemos por aquí, cuando alguien les lleva la contraria? Pues si en eso te fijaste, ya tienes lo bastante para poder decir en todas partes y á todas horas de lado de quién está la verdad. Dime cómo defiendes tus ideas y te diré quién eres: si lo haces como los sectarios aludidos, resultas un apóstol del error y la mentira. Así creo yo que discutirías tú, lector del alma, si paras mientes en cómo se portan esos regeneradores de la patria; pero regeneradores poco menos que con trabuco y garrote.

Ellos no ven *sebe* cuando se trata de combatir al adversario. Las creencias más respetables, las personas más dignas de consideración cuanto de más venerando se pueda imaginar, todo cae bajo los ataques más violentos de semejantes bárbaros. No discurren, no hacen uso de la inteligencia para nada, no dan razones ni contestan á las de sus adversarios. Se meten con todo, lo critican todo, no hay para ellos nada inviolable, ni las interioridades de la vida privada, ni las más arraigadas convicciones, y se burlan groseramente de lo que debería merecer todos los respetos de gentes medianamente educadas.

Acuden al periódico, y es para llenar de groseras inmundicias á cuantas personas no se declaran sus partidarios; van al mitin y es para decir de sus adversarios, con mayor ó menor claridad, horrores que merecen palos á docenas para quien los suelta. Principalmente las personas eclesiásticas son el blanco de esos energúmenos sin educación social, sin conciencia y sin sentido común.

El Papa, los Obispos, los sacerdotes, en fin todas las personas dedicadas de un modo especial al servicio de Dios, y naturalmente pasa lo mismo con todos los religiosos, vense diariamente injuriados, calumniados, cubiertos de groserías por esos sectarios, que tienen la razón apagada y mojan la pluma en cieno.

En cuanto á las ideas religiosas no digamos nada. Sin dar razones, sin proceder como racionales, sino como lo que son, como sectarios, las tratan sencillamente como si antes hubieran demostrado que son disparatadas. Y su odio á esas ideas, á esas creencias, que no pueden argüir de erróneas, es el que les inspira sus arremetidas contra las personas eclesiásticas y contra todo aquello en que éstas tengan alguna parte. Una obra, una institución cualquiera que esté inspirada por la Religión, ó donde se halle metida una sota, no necesita ya más para merecer á todas horas los ataques más violentos, más desesperados, de esos entes, representación la más genuina del más odioso fanatismo.

En resumen, para esos sectarios nada hay intangible, todo lo atacan, todo lo calumnian, sobre todo vierten el raudal impetuoso de sus groserías, y siempre, es claro, sin razonar, sin intentar siquiera convencer al lector ó al oyente de que lo por ellos combatido es un disparate.

Bien, pues esos *teroches* sectarios, que no ven *sebe* en el ataque á todo lo más sagrado, no pueden recibir ni una sencilla amonestación sin ponerse como furias. Ellos pueden decir groserías, atacar personalmente á sus adversarios y de la manera más innoble, pero ¡jojo al Cristo! cuidado con tocarles á ellos en el pelo de la ropa, ni aun usando lenguaje templado, no metiéndose con las personas y razonando con serenidad olímpica.

Un mentecato cualquiera puede encaramarse en las columnas de un periódico, y decir desde allí cuanto se le antoje contra cosas,

hombres é ideas; pero ¡ay del atrevido que salga á contestar á aquel deslenguado! Un filósofo orador puede subirse á la tribuna y en un mitin vomitar cuanto quiera contra los adversarios políticos, contra los curas, contra lo que huele á religión, pero ya puede prepararse quien desee dar contestación, si no *cumplida*, á lo menos la necesaria á tales despotricamientos!

Nada hay intangible para los sectarios, pero ellos son intangibles. Dios, la Religión, el Clero, el Rey, las instituciones más fundamentales de la sociedad, las personas, la vida privada, todo, todo puede ser denigrado, injuriado calumniado, por esos sectarios; pero cuidado con decirles á ellos nada que les moleste... Ellos son intangibles.

¡Y aun hay personas sensatas que miran en cara á esos fanáticos!

X. Y. Z.

ODA DESPAMPANANTE

(CUARTA SERIE)

VI

Al archidistinguido cronista republicano de
el Entrego D. Félix Sánchez (a) Roumaldo.

¿Visteis alguna vez, lectores míos,
la majestad sublime de los ríos,
que, saliendo de madre,
y de suegra y de padre,
todo lo llenan de terror y miedo?
Y en sus inundaciones
¿visteis alguna vez patas de palo?
¿visteis de pez y cola algún remedo?
¿visteis calabazones?
¿visteis, latente, un coco
malo, malo, muy malo?
Yo no lo ví tampoco,
pero así mismamente
á verse llega el infeliz *Progreso*
siempre que mete *Roumaldín la pata*,
y en pestes se desata
contra el tocino y el jamón y el queso.
Porque es *Roumaldo* así: ó todo, ó nada,
y puesto á dar el hombre una *patada*,
él ha de darla gorda, pero gorda,
como las muchas que le da *Vallina*
al compañero *Urrea*,
cuando, en su infausta inquina,
éste, en lugar de *tordo*, le da *torda*,
y cuando, en vez de pez, le da *correa*.
Por eso allá le llama su caribe
la prole socialista,
y hasta el famoso presidente *Urbe*
á quien no existe *Poncio* que resista
le teme más que al *Chacho*,
su amigo de la infancia,
y para darle gloria y adularle,

Urbe es el que jura
que cuando baila solo este muchacho,
si alza bien la *patita*
al pueblo d'aja *estupefanto* y tonto,
y que es guáto el mirarle,
porque con tai limpieza y elegancia
y *chic* y donosura
el pobre se *esperita*,
que ni el famoso é ilustre *Maximino*,
con su cartel, su fama y su renombre,
vale á su lado un misero comino,
aunque el mundo se asombre.
Y ya es decir, á fe; por eso un día,
cuando en la *Cafrería*
el del *fagot* «*Suspensus*» estrenaba,
dijo el salvaje *Tal* que en la *Carrera*
él un famoso *dómine* tenía
que *mejor se bailaba*.
Y dijo más aún: él fué quien dijo
que allí los labradores
tanto placer gustaban y contento
viendo bailar mazurcas al *Lopijo*,
que, aunque con harta pena y sentimiento
le dieron la patente,
y de allí le arrojaron:
como que todo el tiempo que gozaron
de su hermosa presencia,
ver y reír hicieron solamente,
hasta que al fin llegóse su paciencia.
Y ahora va á ser alcalde de seguro,
porque *Poncio* le vota,
y si es que acaso *Urbe* no derrota
las huestes que *acaudilla*,
ó me lo mete al pobre en un apuro,
ó le arrebató al triste su gavilla.
Porque es *Roumaldo* así: ó todo ó nada
y puesto á dar el hombre una patada,
arroja la *muleta*,
y, ó en el momento corta la coleta,
ó la atiza tan fuerte,
que el misero á quien toque,
si no sufre la muerte,
ó no sufre un disloque,
saldrá tan mal parado,
que solamente el mismo *patidica*
podrá volverle la salud perdida
con la pez milagrosa
que él usa en el calzado,
cuando le da *Vallina*, unos tacones
ó cualquier otra cosa;
porque es su pez llamada de *elecciones*.
Y aquí termino el lírico cantazo
que á este chico dedico,
temiendo que este chico
me arrime un *muletazo*.
No la *Magdala* está, caros lectores,
hoy para tafetanes.
Hoy, además, mis flores
no colman mis afanes:
no se presenta favorable *Apolo*,
porque el domingo se enfadó conmigo,
y así trabajo solo,
cónstete, pues, lector, que si no obligo
á *Roumaldo* á bailar,
es que á mi *musa* tengo reventada,
y me la está curando *Pumarada*
con vino... sin aguar.

El Despampanante

Cuentos sociales

III

LA HUELGA

—¡Si verdaderamente aquella
casa era una bendición de Dios!
No había en toda la villa vecino
que no la envidiara, ni vecina que

no la apeteciera. El, el señor Antonio, con sus cuarenta y siete años encima, era el hombre más retrechero del mundo. Como que, según opiniones, llevaba dentro dos ó tres fábricas de alegría. Nunca se le vió triste ni mal humorado. Era, á más, un cristiano como Dios manda y la Iglesia nos enseña, y sus costumbres eran puras y sencillas, como puras y sencillas eran sus aspiraciones.

Ella, la *seña* Manuela, otra que t'l. Sus cincuenta años de encima ya nadie se los quitaba, pero y ¿qué? Allí había nervios, según ella misma decía, y allí había también gracia por arrobas y voluntad por quintales. Porque no digamos que la *seña* Manuela no sabía lo que era el trabajo. Hormiga para su casa, y *aínda mais*, como ella también decía.

Ellos... ellos eran cuatro mocosos como cuatro soles. Otra bendición de Dios, ni más, ni menos. Y que eran guapos y que eran buenos como ellos solos, no era la *seña* Manuela quien lo afirmaba, no señor. Era el pueblo entero, que se moría de envidia al contemplarlos y que los colmaba de bendiciones, al tiempo que los enviaba.

La casa, un paraíso; los moradores, unos ángeles. Así es que pasaban la vida admirablemente, y aunque los jornales del señor Antonio y de los dos chicos mayores no eran muy abundantes que digamos, como también las necesidades eran pocas y los viveres no eran subidos, *allá iban tirando*, al decir de la *seña* Manuela, como Dios les daba á entender, pero sin aprieto alguno.

¡Si verdaderamente aquella casa era una bendición de Dios!

En mal hora fué, en verdad. Cernióse sobre la desventurada villa, en los ambientes de la industria, como monstruo preñado de maldades, de destrucción y de ruina. Incautos y desprevenidos, cayeron en sus garras los miseros proletarios, y en busca de la felicidad y bienestar que les prometía, uniéronse y trabajaron; ante la fuerza de sus brazos tembló el capital, pero fué su miedo el miedo de un solo instante. Pronto se rehizo, y dispuesto á luchar y á combatir, despreció sus exigencias y malbarató sus planes.

Y acudieron á la huelga. El señor Antonio y sus chiquillos no figuraban en el Centro como socios, porque sus creencias eran primero. No obstante, la coacción, más bien que la voluntad, obligóles á acompañar á sus vecinos.

Verdad era que el pobre viejo no negaba á los obreros el derecho indiscutible de abandonar el trabajo, con el fin de mejorar sus condiciones y su vida, siempre que de tal acción no se siguiera el desorden, y siempre que no se hallaran obligados á trabajar por de-

terminado tiempo, en virtud de algún contrato justo en todo y racional; verdad también que él no dejaba de reconocer la desmedida ambición de los patronos; pero al mismo tiempo, la coacción empleada para apartar del trabajo á los que en él deseaban continuar y para impedir también que otros nuevos lo intentaran, le parecía una manifiesta injusticia, una iniquidad lastimosa y una horrible tiranía. Ansiando los obreros la libertad, por huir de la opresión de los patronos venían á caer en la mil veces más terrible de sus mismos compañeros.

Varios eran los medios que el señor Antonio proponía para la solución de la huelga. La falta de caridad del proletario, había buscado el momento más oportuno para la ruina del patrono; pero á su vez el capital del segundo, aun cuando mermaba, se sostenía, mientras la indigencia del primero se aumentaba. Cerrados los talleres, el aspecto de la villa era triste y sombrío, semejante al que el cementerio presenta. Reunidos los trabajadores en las tabernas, dirigidos en su mayor parte por socialistas de los que habían excitado á la huelga, con el fin de hacer su agosto, allí discutían sus derechos, allí se animaban en sus propósitos, y allí también consumían los ahorros reunidos á costa de innumerables privaciones en el tiempo del trabajo.

É inútil fué el arbitraje propuesto por el buen viejo. Ni los unos ni los otros pensaban en ceder. Y el hambre había ya derramado sus crueldades en la mayor parte de las chozas de la villa. Y la miseria principiaba á sentirse también en casi todas, y las privaciones oprimían los hogares del obrero, que, sin fondos en el Centro que pudieran sostener sus necesidades, veíase oprimido, y sin esperanza alguna de salir de su opresión.

Y los que así se encontraban eran muchos; porque los iniciadores de la huelga no habían sido los verdaderos obreros, amantes del trabajo y amantes de la igualdad, sino cuatro revoltosos, que en su desatentado afán de trastornarlo todo, se habían impuesto en la fábrica, arrastrando al misero trabajador al ocio injusto y aventurado.

Uno de los hogares en que más se sentía la necesidad, era el del señor Antonio. El jornal que allí ganaban en los días de trabajo, no era excesivo, ni mucho menos. Tanto, que maldito el ahorro que había en casa. Durante los primeros días, ya que no mal, todo fué menos bien.

Pero no tardó en desaparecer de allí la alegría y en acabarse el regocijo. Pronto las necesidades lo invadieron todo y la *seña* Manuela se vió precisada á desprenderse de lo único que en su casa poseía: los muebles. Pero el tiempo corría y la huelga no se solucionaba.

El dinero reunido con la venta se agotó, y necesario fué pedir limosna; pero como tampoco ellos eran los solos, éstas escaseaban. Así que fué necesario entenderse nuevamente con los huelguistas. Y nada: erre que erre y firmes en su empeño.

Los que apetecían terminar aquel estado, eran muchos, pero eran los honrados; los que deseaban continuar, eran pocos, pero eran los pillos.

Y los segundos cohibían á los primeros; y éstos ansiaban trabajar, porque la situación les era insostenible. Y entre ellos se encontraba el señor Antonio. Y no solamente al pobre hombre le impedían el trabajar en la fábrica de donde había salido, sino que también le obligaban á no hacerlo por su cuenta; y como en toda la villa no había más fábricas que una, y como, fuera de ella, no le admitían por huelguista, y como, en una palabra, el pobre viejo no estaba para bromas ni para trabajos de peso, resultó que se vió en la necesidad de acudir á sus compañeros de infortunio forzados también como él, y todos acordaron, pesara á la saña de los demás, volver al trabajo, y seguir como hasta allí.

III

¡Traidores! — ¡Traidores ellos, que por no malograr los planes de sus amigos habíanse lanzado á una huelga desesperada, anteviendo la derrota y la miseria; ellos, que si acudían al trabajo, acudían porque la necesidad les apretaba de tal suerte que ya no se podían resistir; porque el hambre los oprimía, porque después de resistir en vano el furor de la indigencia, la ruina llenó sus casas y angustió sus razones.

Y las sañas de todos se concentraban en el señor Antonio, causa, según ellos, de que la huelga se perdiera.

Se habían reunido todos á la puerta de la fábrica. Era la primera mañana que los *traidores* trabajaban, después de su fatal acuerdo. Murmuraban y bullían; esperando á que salieran.

Y por fin, aparecieron. Quién pudo ser, no se supo: el caso fué que del grupo de los huelguistas salió una piedra, y que ésta fué á chocar contra la frente del pobre viejo, que cayó al suelo bañado en sangre, mortalmente herido...

Fué la primera víctima del monstruo llamado huelga; fué el desgraciado primero con que sació sus instintos, y fué también el primero que sufrió las consecuencias de opresión más terrible que inventó la tiranía: la opresión del obrero honrado por el infame.

Y con él murió la gloria del hogar; y con él desapareció la alegría de la casa; y con él, el sostén de la pobre anciana y el apoyo de los infelices hijos...

Consecuencias necesarias de una huelga injusta y opresora.

El Desamparante

¡VAYA UNAS MANOS!

Las de los republicanos son de oro fino, de pura ley.

Loque ellos tocan para destruirlo, florece al momento, como por ensalmo.

Y ¡aun hay quien se indigna, cuando oye á los republicanos despotricar atacando groseramente honras ajenas...!

No, señores; no hay que ser injustos: á cada uno lo suyo, y á los republicanos cuando se suben á la parra y se la echan de oradores y hablan mal de las personas decentes, eterna gratitud, reconocimiento profundo.

No hay insulto republicano que no lleve envuelta una alabanza; ni ataque suyo por sañudo que parezca, que no reporte alguna utilidad práctica para el atacado.

Hechos cantan.

Apenas los del *Potrero* aseguraron con todo el énfasis de que son capaces, que el Colegio de Pravia no valía dos cuartos, y que era un colegio jesuítico, cuando algunos padres, que sin duda estaban indecisos sobre la elección de punto para educar á sus hijos, dijeron para su capote: tate, éste es el colegio que nos conviene; y no vacilaron más; y en el trascurso de estos ocho días últimos han solicitado el ingreso en el Colegio de Pravia cuatro nuevos alumnos; hecho verdaderamente raro y que hasta la fecha no había ocurrido nunca, después de ir corrido un mes de curso.

Conque ahora indignese usted con esos pobrecitos hombres, amantes del progreso y la cultura, creyendo que cuando atacan al colegio de Pravia le dan de muerte en la cabeza, siendo así que precisamente con sus discursos *hacen el artículo* del Colegio, como diría un comisionista...

Naí, nada, D. Manuel, choque usted, y adelante con los discursos y con los ataques y con todo lo malo que á usted se le ocurra, en la seguridad de que por muy malo y muy desvargonzado que ello sea, algún bien ha de reportar á los que tengan la honra de merecer sus censuras.

¡Ya ve usted! ¿Cuándo habían de soñar los profesores del Colegio de S. Luis con cuatro nuevos alumnos, y otro ú otros dos que se anuncian ya, sino fuera por los buenos oficios que, sin pensarlo ni soñarlo, usted les dispensó!

¡Ay, señor mío! ¡Si usted pudiera darnos, cada mes siquiera un espectáculo tan barato, tan decente y tan edificante como el del *Potrero*!

Pero ya veo que de ésos entran pocos en libra, pues al parecer salen más caros que una fiesta sacramental, que es cuanto se puede decir ni pensar.

Andan por ahí, según he oído, sus amigos de usted doliéndose amargamente de los cincuenta y

lor! no tuvieron local disponible para reunirse. ¡Ni un mal potrero!

Ponderarles á ustedes lo avergonzados y corridos que volvieron á Boal los del gorro sería excusado: daba compasión ver aquellas caras mohínas y atristayadas, fiel reflejo de la amargura que atormentaba su alma.

En Rozadas no hay republicanos ó si los hay son de esos que no tienen dos cuartos para mandar tocar á un ciego. ¡Cuando no hay uno siquiera dueño de un mal corral donde pudiera reunir á sus correligionarios!

Pero no es esta la más negra.

La más negra es que en Boal hasta las piedras de los caminos se levantan amenazadoras, contra los vividores esos que, por su cara bonita, pensaron, así á las dos por tres, hacerse dueños del concejo.

Ahora todo sale á relucir; y hay quien echa en cara á alguno de esos redentores del pueblo que debe 4. 500 pesetas al Municipio, y que mejor que andar por los pueblos predicando moralidad y administración leería pagar lo que debe para aligerar así las cargas que pesan sobre el pueblo.

¿Me entienden ustedes, señores republicanos?

¡Cuánto mejor imitaban la conducta de los Calzadas metiéndose tranquilamente en casa, á comer lo poco que Dios les dió y á pensar en ganar algo más para con ello!

Después de todo, eso se iban ganando.

Porque en el triunfo de semejantes candidatos no hay que pensar ni ahora, ni *per secula seculorum*, Amen.

EL MITIN DE SALAS

Fué pistonudo.

Como todos los mitines republicanos, y sin variante apenas en su desarrollo.

Hasta con los mismos incidentes cómicos, comenzando por el de la elección de local, que fué uno de los problemas más peliagudos.

Creyése en un principio que se celebraría en el sanatorio del amigo D. Celestino; pero eso ya sería demasiado profanar la ciencia, y se desistió del pensamiento.

Por fin, y á falta de mejor local, se resignaron los del gorro á ocupar el corral de D. Faustino Valledor, aunque para ello fué preciso desalojar la partida de burros que allí se colocan todos los días de mercado, en vista de que *todos juntos* no cabían en tan reducido espacio. ¡Triste condición la de los republicanos, que no pueden encontrar en ninguna parte para sus escarceos políticos más que potreros y corrales!

Y más taiste todavía la de los pobres burros que no pueden vivir en paz, sin que hasta ellos llegue la funesta y perturbadora acción republicana.

Pero no divaguemos.

Vamos al mitin.

Pumarada, el médico famoso, hizo la presentación de los oradores, Juanin Llana y Martínez, de Oviedo, y se sentó sin decir cosa de particular. Ni siquiera hizo, como otros, profesión de católico ferviente; porque como estaban tan recientes las misiones temía fundadamente que algún novel é inexperto republicano le interrumpiera preguntando si era D. Bernardino

de los que se habían caído á los pies de un jesuita; ó si, por el contrario, podía alardear de *espíritu fuerte*....

Martín z no dijo nada entre dos platos: barajó mucho la juventud y la idea republicana, hasta que todos abrieron la boca boisterando.

Juanin Llana estuvo tan gracioso y bromista como siempre.

Y ¡luego se queja de que EL ZURRIAGO tome á broma las bromas de Juanin. ¡Vaya una broma!

Habló de cuernos, ¡cuernos á los republicanos!; el infeliz soñaba con ellos porque tenía la encerrada que les estaba preparada y que no estalló; porque comprendieron todos los vecinos de Salas no merecía la pena tomar en serio las tonterías y sandeces de Martínez y Llana.

Sin embargo, el cuerno sonó, como para decir á los oradores: aquí estamos y ¡ay de vosotros si os correis!

No se corrieron efectivamente mucho. Pero no faltaron algunas chinitas, aunque disfrazadas, contra el Párroco; y los consabidos alardes de desinterés, diciendo que Juanin Llana, y los republicanos todos *predican* y no cobran como... como ¿quién dirán ustedes? como el Padre Ciarán...

Porque los republicanos son así, no saben hablar en público sin meterse en personalidades, vengán ó no vengán á cuento. Y luego se enfadan con los que les toman el pelo.

Y por cierto que yo no lo sabía, pero Juanin tiene un genio de todos los diablos.

¡Si vieran ustedes como se ponía rabioso, porque unos chiquillos *¡inocentes!* le hacían coro cantando á grito pelado *¡Viva María! ¡Muera el pecado!* mientras él echaba pestes contra los curas malos!

¡Te veo, Juanin!

¡Llevaste un berrinchín!

Y el infeliz para calmarse pedía á cada cinco minutos agua.

¡Tila, Juanin, tila debías pedir!

¿Cómo no te la recetó Pumarada sabiendo que es tan eficaz para esos casos? Terminó el orador muy desalentado.

Gracias á que felizmente estaba allí nuestro buen Salvador Cuervo, el perpetuo litigante que animó un poco la cosa, dando vivas á la *niña*, y á Salas.

El pobre Salvador cree que cuando venga la *suya* ha de ser más afortunado con los tribunales de justicia...

¡No lo verán tus ojos!

¡Ni los de Pumarada!

Con y sin mitin, derrota segura.

Un detalle. Como los republicanos son tan, tantarantan, al salir del mitin la chusma se encontró con el Presbítero D. Sixto Vega y le insultó dirigiéndole frases groseras.

Los republicanos están siempre en carácter.

¡Y aún hay *Celestinos* que creen en ellos! ¡Es creer!

Republicanos de 3.^a en la Espina

Nadie esperaba que este concejo de Salas, tan pacífico y de buenas costumbres hasta la fecha se viese molestado por los mal llamados *republicanos*. La razón de ello es muy sencilla. Aquí son muy contados los fanáticos republicanos, debido sin duda á que hay muchas personas cultas que recuerdan las hazañas del 1873 y ven en toda esta propaganda un fin sectario más bien que político y noble. Sin embargo, próximas las elecciones, se revuelven y patean por los lugares de este municipio unos nuevos caciques ansiosos de ingresar en la *casa consistorial*.

El candidato D. Celestino Alvarez, después de repartir por estos pueblos de la Espina, Bodenaya y Labio una proclama republicana en la que se daban *golpes de pecho* y se hacían actos de contrición para mejor catequizar á los sencillos electores, concibió la idea de recorrer dichos pueblos, acompañado de D. Juan González, conocido por *Juanin de Blas*, americano aprovechado, el cual *Juanin* tomó á su cargo la importante misión de discursar y solicitar votos, puesto que el candidato no es conocido más que por un médico que cobra las consultas, de suerte que en esta excursión *Juanin* se encargaba de ofrecer al público los frasquitos, y el Dr. D. Celestino de sacar las muelas para que el día del triunfo nadie pueda roer más que los republicanos de corbata.

No vayan á creer los lectores de EL ZURRIAGO que el republicano *Juanin de Blas* es algún *calabaceado* en los exámenes de 2.^o curso de Derecho Civil, como un D. Maximino Díaz Estévez, ni en Derecho Canónico, ni en Filosofía y Letras, ni en Historia ni en Gramática castellana, ni en Matemáticas. No; á este orador de la *civilización moderna*, como él dice, no le han dado calabazas nunca, porque jamás fué examinado. Para discursar en estos lugares, dirá él, no se necesitan títulos académicos; basta mi buen nombre de *Juanin de Blas* y algunos romances que aprendí del *Heraldo*, *Liberal*, *El Progreso*, etc. sin contar otros órganos y organillos de Madrid; y en caso apurado les hablo del Morro de la Habana, de los sastres y zapateros de Matanzas, de los ñáñigos y de otras muchas cosas que mis antiguos vecinos no conocen. Ea, D. Celestino, partamos, que ya estaré elocuente y oportuno; ¡ni Canalejas en Valencia!

En efecto llegan á Bodenaya ayer domingo 1.^o de Noviembre, y después de oír la santa Misa con suma reverencia salen á la plazuela de la Iglesia, y sin perder tiempo se encara *Juanin de Blas* con el Sr. Maestro de Instrucción primaria, persona dignísima, de vastos conocimientos, muy querido y respetado en toda la comarca, y sin más preambulo le replica el sufragio y el importante apoyo que podía prestarle; mas el Sr. Maestro con la serenidad y discreción que le es peculiar pidió explicaciones para quién eran los votos y qué significación política ostentaban los solicitantes, declaración que á duras penas les arrancó, pero cuando se vieron obligados á decir que eran republicanos contestó con toda la entereza de un verdadero español: «Como! ¿Pedirme á mí apoyo para la república? ¿A mí que no puedo olvidar aquellos cantones que convirtieron á España en una tierra de taifas moriscas en el año 1873, ni el incendio de nuestros barcos en Cartagena, ni los desórdenes de Andalucía y Extremadura, ni las llamas de las fábricas de Alcoy? ¿Apoyar yo la república porque en el calor de la competencia nos ofrezca chocolate además de asiento gratis! Después de pasar por la Presidencia como nube asoladora un Figueras, un ateo como Pi Margall, un racionalista como Salmerón, ¿no sabemos todos que Castelar, el que habia pasado 20 años predicando la abolición de las quintas decretó una de 80.000 hombres, y lo mismo podemos decir de la ordenanza militar, de la pena capital, de la libertad de imprenta etcétera, etc., hasta que disolvió con la punta de la bota aquella famosa asamblea el general Pavia? ¿Quién puede creer en promesas de tales republicanos con sólo fijarse en lo que eran y lo que son los que aun no han rendido cuenta á Dios? Además ¿qué...? Pero aquí ya tuvo que suspender, porque los dos republicanos corridos y avergonzados ante aquel público se fueron escurriendo en medio de las carcajadas de los vecinos de Bodenaya que alegres aplaudían el improvisado discurso del Sr. Maestro.

Se cree que *Juanin* diría al Doctor: Como yo en Cuba me dediqué al negocio y en Salas también, no tuve tiempo á enterarme de esas cosas de que nos hablaba ese Maestro; además yo no sé dónde se principia la Historia; en Cuba unos decían que se principia en el templo de Salomón con el gran Arquitecto, usted como hombre de letras lo sabrá.—Tranquílcese don Juan—contestaría el Doctor—vamos á la Espina y allí tal vez lucirá usted su elocuencia. Con lo sucedido habrá aprendido usted que solo podemos hablar á los ignorantes.

En la Espina los esperaban tres del libre pienso; uno Tomás Alvarez, hombre tan antipático que hasta á los carreteros molesta; otro, un insignificante ciudadano, llamado Chupacirios; y el tercero, un rapazuelo de la Pereda, concejo de Tineo, conocido por el Romanín de las Cáscaras. Estos tres habían reunido como dos docenas bien contadas entre los de Salas y Tineo, pero figuras tan singulares que cada cual preguntaba cuándo había de aplaudir.

Llega por fin la hora de los discursos, mas ante todo se toman las debidas precauciones para que no entren más que los del libre pienso, pero de ninguna manera aquel Maestro de Bodenaya ni otras personas cultas. Se concede la palabra al *Juanin de Blas* el que con el susto de Bodenaya sólo acertó á decir estas tres simplezas: «Correligionarios: nosotros os traemos en la mano la civilización moderna y el progreso (un paisano del Pedregal miraba la mano del orador y decía: si yo non veo esa civilización que diz tien en la manu, y quería conocerla); cuando llegemos al poder no pagaremos contribución; trabajar sin descanso por el triunfo. He dicho. (Atronadores aplausos).

Acto continuo toma la palabra Tomás Alvarez, dueño de la casa, y dice: Remigio, (uno de los asistentes) cuando venga la *Niña* ó sea la R grande he de echarte el vino por la boca á jarradas (aplausos). Pero Remigio contestó: Si me lo echas desde hoy te perdono la mitad.

Inmediatamente se despidieron entre sí los *correligionarios*, fijándose algunos curiosos en que Tomás Alvarez dió la mano á los expedicionarios volviendo su rostro atrás, como diciéndoles que lo habían hecho muy mal.

Manuel Gaita del Pedregal se quejaba amargamente de que aun no le habían ofrecido empleo alguno, después de haber gastado tanto en *Dominicales* y suscripciones para la buena causa.

El estómago se revuelve con tales majaderías y da pena ver á ciertos paisanos pasmados con tales políticas en vez de atender á sus ganados

que les dan algun producto. ¡Lástima de Maestros como el que *Juanin de Blas* recordará en tanto sea republicano!

BLASILLO.

Zurriagazos

Vigil está contento.

La satisfacción no le cabe en el cuerpo y la exterioriza en forma de articulo en su organillo destemplado.

Que triunfamos, dice en el último número.

Y añade:

«Ya casi no puede dudarse del triunfo de los candidatos socialistas en las próximas elecciones.»

Bien hombre, digo Vigil, bien.

Me alegro mucho.

Así ya no estarás tan acorralado en la casa del pueblo.

Habrás, á más de Suárez, otros más zquetes que tú.

Y entre ellos, *capitanando la minoría*, tú serás un coloso.

¡Que muchodure, Vigilillo!

Sigue el *leaderuco*:

«El proceder de nuestros contrarios hace que se conciban tan halagüeñas esperanzas.»

Repito mi enhorabuena más entusiasta.

Eso se llama obtener dos victorias de un golpe.

Triunfar, y triunfar gracias al proceder del adversario!

Nada, que tenemos aquí un caudillo que no lo merecemos.

¿No andan diciendo que en España hace falta un hombre?

Pero ¿es que no se han fijado en Vigil?

¿Y en qué se funda el nuevo Napoleón para pensar en el triunfo gracias al proceder de sus adversarios?

Pues la cosa tiene gracia.

Se funda en que dichos adversarios trabajan mucho para triunfar.

¿Habrás visto hombre?

Si sus adversarios estuvieran quedos, no tendría esperanzas.

Pero se mueven mucho, luego serán derrotados...

¿Me quieren decir ustedes si han visto nunca nada igual?

Terrible Vigil, vencedor cuando el adversario lucha, vencido cuando éste está quedo!

De todos modos, en el número próximo comentaré los sucesos.

Y espero celebrar con todo entusiasmo los triunfos de Vigil.

Que considero míos.

Vaya, vaya, con el leaderillo

¡Qué famoso es!

Dicen que el Casino de Pravia está convertido en un centro de... cualquier cosa y que varios socios ya no van á él por no oír á diario horrores y hasta... blasfemias.

Si eso continúa hay que pensar en serio sobre ello. No es cosa que la gente de orden haga el juego á los demás, pagando cuotas para que otros corten el bacalao.

VISITAS

Ha visitado esta redacción *El Adalid Seráfico*, Revista Católica, de Sevilla, dedicada á fomentar la Religión y la piedad en el seno de las familias cristianas, la cual, refiriéndose á EL ZURRIAGO, en su último número escribe las siguientes laudatorias frases que son tanto más de agradecer cuanto que vienen de muy autorizada procedencia:

«Nos ha visitado, y por cierto que agradecemos su visita EL ZURRIAGO SOCIAL de Pravia (Oviedo) el cual Zurriago *zapulea* los domingos con una sal y un gracejo que da gusto.»

También se ha recibido en esta redacción *El Amigo* de Logroño, y *La Cruz* de Alicante. Con todos queda establecido el cambio y á todos envía su cariñoso saludo EL ZURRIAGO.

PRAVIA—Imprenta del Colegio